

## Estado de sitio

Víctor Herráiz

Rodríguez García, José Luis, *Estado de Sitio*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2016.



Retrato de José Luis Rodríguez García (Carmelo Méndiz)

Tengo entre mis manos el poemario *Estado de Sitio*. Imaginemos que no conocemos nada de su autor, José Luis Rodríguez García. Imaginemos que no sabemos una palabra de sus más de una docena de poemarios anteriores, ni de sus otras tantas novelas, ni de sus más de cincuenta artículos, libros y ensayos filosóficos. Imaginemos que desconocemos que ejerce de profesor universitario de filosofía desde hace cuarenta años; que ama la enseñanza; que tiene serias dudas sobre el papel de la metafísica (o más bien de los filósofos: “¿hay algo nuevo desde Platón?”); que encuentra en la literatura una vía excitante de comunicación y conocimiento; que le estimulan escritores al límite como Sartre, Artaud, Hölderlin, Boris Vian, Ambrose G. Bierce... y los ambientes recreados por los poetas de la *lost generation*. Supongamos que ignoramos el hecho de que José Luis Rodríguez ha conocido de cerca los neblinosos bordes de la muerte superando a su vicaria, la negra enfermedad.

Aunque seguro que no es el caso, insisto: no importa desconocer sus antecedentes, no es necesario. En *Estado de sitio* nos encontramos al hombre sin disimulo, a estas alturas algo desgastado, desnudo, desprovisto, desanexado, desprendido del pasado que no le pesa y encarando el insulto de la inútil existencia con la serenidad del que

ha ensayado la vida como un fatigoso aprendizaje sin propósito de recompensa. Es el poeta en esencia, destilado y *des-vivido*.

*Estado de sitio* puede ser sin duda —toda poesía lo es— representativo de un estado emocional del autor. Aquí suenan notas de la contemplación del paso del tiempo desde la frontera de la larga sesentena (“es tarde para hacerse preguntas”) y la añoranza de la exultante edad dorada (“el olor del jabón y las cerezas”). Pero eso no es todo. La posición erizo desde la que sin temor otea José Luis la realidad es mucho más universal: el escritor dispara contra la futilidad de la vida, el absurdo del nacimiento para el padecimiento y la muerte, los cantos de sirena a la resignación, la estupidez de los que dictan lecciones, dogmas y el orden impuesto, y también hay invocaciones al amor, la amistad, la “lucidez” de la música, el juego de las palabras, el placer de los sonidos tabernarios, el valor del silencio...

José Luis Rodríguez sospecha del vacío, de la muerte, pero no la

teme. Tal vez esta nos ayude a develar “el misterio de la Vía Láctea”, “el misterio de los alfabetos” y “las rutas perplejas de los colores”, como él dice. También Vincent van Gogh veía la muerte como un viaje necesario para llegar a las estrellas, a las que deseaba conocer tanto como las ciudades de los mapas. Y si algún pecado mortal ha cometido José Luis es ese tan antiguo que anida en la gente sabia y humilde: el ansia por el conocimiento.

Una última advertencia. No se le ocurra a nadie —como a primera vista puede suceder— pensar que José Luis Rodríguez se adscribe a la poesía de corte pesimista o melancólico, no. Él no se reconoce en el espejo de las “arrugas y nostalgia”. Lo suyo es —lo ha sido siempre— la resistencia y la rebeldía. Y sus versos al través nos muestran el desasosiego de aquel a quien la vida le sabe a poco y protesta contra el insufrible fraude de los dioses, que nos insuflaron de la chispa de la eternidad a su imagen y semejanza, pero en unos miembros de barro destinados a convertirse en polvo y ceniza. No confundir el gimoteo del martirizado galeote con la voz del insumiso Prometeo, titán que inspira la fiera humanidad de José Luis “con la sonrisa terca del que fue un niño”.